cha blanca que la interrumpia tomaba vagamente la forma de mujer.

Poco despues llegó Héctor á su lado, y luego se adelantó.

Y abandonando la espesura anduvo algunos pasos, y luego se volvió hácia atras.

XXIV

El artista y la sombra nocturna, andando uno frente á otro, necesariamente debian encontrarse al cabo de algunos segundos.

Héctor fué el primero que se detuvo.

En este momento, Lazarine (porque era ella) pareció apercibirse de que un importuno interrumpia su soledad.

Detúvose á su vez lanzando un grito de espanto, y preguntó con alterada voz:

—¿Quién vá?

Hay que notar que si la bata blanca era visible en las tinieblas, el pantalon blanco de Begourde no lo era menos, y por lo tanto, la marquesa sabia á que atenerse.

—No temais, señora—dijo el jóven.—Es un amigo.

—¡Vos, caballero Héctor!—dijo Lazarine fingiendo admirable sorpresa.

BIBLIOTECA CENTRAL

—¿Ahora me reconoceis?—murmuró el pintor con amargura.

—Soy menos olvidadiza de lo que imaginais. Ayer os reconocí al primer golpe de vista.

—¿Y habeis tenido valor para ser cruel conmigo?

—¿Qué podia hacer en situacion tan difícil? ¿Tenia siquiera tiempo para reflexionar? Hice lo que hubiera hecho cualquier mujer en mi lugar, y dí prueba de audaz fingiendo no conoceros.

—¿Pero habia necesidad de fingir tanto desden?

—¿Qué quereis? cuando uno se impone un papel, se llega sin querer á la exageracion.

—¿Luego no me desdeñais?

—¿Necesito afirmarlo? ¿Por qué habia de desdeñaros?

—¿No habeis borrado de vuestra memoria los queridos recuerdos que son la alegría de mi vida?

—Los conservo todos. Hoy, como en la epoca á que os referís, sois para mí un amigo.

—¿Amigo nada mas?—balbuceó el artista con acento apasionado.—¿Nada mas que un amigo?

—No podeis ser otra cosa, lo sabeis. No me pertenezco; estoy casada.

—¿Y qué importa?

—¿Como qué importa?—exclamó Lazarine.

—Naturalmente; el marqués de la Tour du Roy tiene cuatro veces vuestra edad, puede ser vuestro padre ó mas bien vuestro abuelo. No podeis amarle; estoy seguro de que no le amais.

—¡Caballero Héctor, os suplico que no hableis así! ¡No lo consiento!

—En otro tiempo no decíais *caballero;* me llamábais *Héctor*, y yo os llamaba *Lazarine;* ¿lo habeis quizá olvidado?

—No; pero han cambiado los tiempos.

—Es cierto. Hoy sois marquesa y seis veces millonaria; es decir, que habeis llegado á la cúspide. Yo continúo siendo el artista oscuro y pobre; es decir, que estoy en lo profundo. Teneis razon, los tiempos han cambiado. Antes disfrutaba de dos bienes, mi única riqueza: la pereza y la alegría. Hoy las he perdido. Antes la vida me parecia alegre, hoy me abruma. Mi falsa alegría es la mascara de mi dolor, y si rio todavía es por no llorar.

Héctor declamó este párrafo con un ardor, que los galanes jóvenes de los primeros teatros le hubieran envidiado.

Lazarine no se aburria. Experimentaba cierta vaga y ficticia emocion. Se sentia vivir.

—¿Por qué ese dolor?—preguntó—¿por qué esas lágrimas contenidas?

—Porque os amo—contestó resueltamente el

BIBLIOTECA CENTRAL

jóven,—y porque he perdido la esperanza de mi amor.

La declaracion era categórica.

La señora de la Tour du Roy la oyó sin inmutarse ni ofenderse, pero juzgó que el artista habia ido demasiado lejos.

—¡Silencio!—dijo.—No debo oir esas cosas; os prohibo que las repitais

—¿Y si no os obedezco?—preguntó Begourde.

—Esta será nuestra última entrevista.

—Entonces.... ¡que acabe ahora mismo!—exclamó el artista.—¿Para qué estar juntos si me imponeis silencio? Mi corazon no late sino para amaros; mis labios no pueden pronunciar junto á vos mas que estas palabras: ¡Os amo! Despedidme ó escuchadme.

—Ni lo uno ni lo otro—dijo sonriendo Lazarine,—quiero que seais mi amigo, y quiero que seais razonable.

Este diálogo habia sido entablado en la oscuridad del camino cubierto por el follaje.

La marquesa y el artista iban uno al lado del otro; sus manos casi se tocaban; la respiracion de la jóven llegaba á la cara de Héctor y lo envolvia en el perfume de sus cabellos; ella aspiraba el olor de tabaco que despedia la ropa del artista; mas los dos paseantes no podian verse por lo profunda que era la oscuridad.